



AINKAA

Revista de Estudiantes de Ciencia Política
Edición 1 / ISSN: 2590-7832
Enero - junio de 2017

De la crisis a la apertura: una aproximación a las relaciones entre economía y cultura en Cuba en un período de transición, 1991-2010

Joan Manuel Vargas

Universidad Nacional de Colombia
Sede Medellín





AINKAA

De la crisis a la apertura: una aproximación a las relaciones entre economía y cultura en Cuba en un período de transición, 1991-2010

Joan Manuel Largo Vargas¹

Introducción

En las dos últimas décadas del siglo XX los países latinoamericanos han experimentado diversas crisis de deuda externa, agudas y profundas; estas no solo han determinado una ruptura decisiva a nivel de sistemas económicos, en la medida en que preceden una apertura generalizada de dichos países al neoliberalismo, sino que, además, constituyeron la antesala de una restructuración radical, social y política, de los Estados latinoamericanos (Marichal, 2008). Cuba, cuya economía de corte socialista dista bastante de la del resto de experiencias de América Latina, experimentó un proceso similar; su pertenencia al mercado mundial socialista desde la década de 1970 y, en general, los desbalances de su política fiscal, fueron solventados por la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS); por tanto a mediados

1. Historiador, Candidato a Magíster en Historia de la Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín, Docente de Cátedra de la Universidad Eafit, autor de los artículos “Higiene, pueblo y sanidad en Cali. Instituciones, prácticas e imaginarios. 1945-1950” (Anuario de Historia Regional y de las Fronteras, Vol. 20, No. 1, 2015) y “Sindicatos y trabajadores en la construcción de los imaginarios sobre el pueblo. Cali 1945-1950” (Historia y Espacio, No. 42, 2014), jmlargov@unal.edu.co.

de la década del ochenta, la economía de la isla debió responder a una crisis de su deuda externa, específicamente con la URSS. El Producto Interno Bruto cubano prácticamente no creció en la segunda mitad de los ochenta, y ya desde 1990 se produciría una crisis de tal magnitud e intensidad que, aún en la actualidad, no se han podido restablecer plenamente los indicadores socioeconómicos anteriores a 1989.

Ubicado en este período reciente de la historia de América Latina, este artículo no busca caracterizar los intrínquilos y vericuetos métricos de la crisis de la economía cubana en los años noventa; más bien busca relacionar los efectos sociales de un período crítico con los procesos de cambio que han tomado lugar en ciertas prácticas culturales como la lectura, la escritura y la circulación de libros; sin el afán de ser exhaustivos y puntuales - debido a la falta de bibliografía y de trabajo con fuentes de primera mano - y más pendientes de observar tendencias generales y algunos casos particulares que de modo provisional arrojen ciertas luces sobre este fenómeno. Nos preguntamos entonces si la crisis cubana de los años noventa, de tan sentidos y altos costos sociales, ha implicado avances o retrocesos en el campo cultural de la isla o, lo que es lo mismo: si el descalabro de las realidades económicas ha tenido implicaciones en lo que se lee, escribe y circula dentro de Cuba. En primer lugar se hará un breve recuento hasta llegar al comienzo y los orígenes de la crisis, así como de una primera y aparente recuperación; en seguida, como segundo momento, esbozaremos las que consideramos líneas gruesas o ge-

nerales de la evolución de una parte de la cultura cubana estableciendo las probables relaciones con las políticas económicas; por último, señalaremos la reciente apertura que al parecer ha instalado la sucesión de Raúl Castro buscando, de esa manera, las tendencias más actuales que pudiéramos leer como manifestaciones de la crisis.

La crisis

El triunfo de la Revolución, en enero de 1959, no se tradujo necesaria e inmediatamente en la construcción de un proyecto socialista, mucho menos de corte soviético; sería el contexto político de comienzos de los años sesenta lo que apresuró el viraje de la isla al modelo comunista europeo (De Miranda, 2002). En los primeros dos años de la Revolución los cambios se centraron en las nacionalizaciones como vía de eliminación de la dependencia nacional frente al capital extranjero; ese primer proceso de nacionalización, que incluyó a sectores estructurales de la economía como la industria, la producción agrícola y los servicios públicos, estaba fundamentada en las ideas de nacionalismo y soberanía y no perseguía, como ya se ha dicho, una “estricta transformación socialista” (De Miranda, 2002).

De modo paralelo al fortalecimiento del Estado como empresario productor y propietario monopolista, se fueron eliminando las relaciones mercantiles, consideradas innecesarias en un modelo de economía socialista. En los años centrales de la década de 1960 los avances sociales fueron considerables y establecieron condiciones imprescindibles para

el crecimiento económico; la elevación de los niveles de instrucción de la población, la ampliación de la cobertura en servicios de salud, la realización obras públicas y mejoramiento de la infraestructura nacional, entre otras medidas, ponían de presente las posibilidades de *desarrollo*, categoría generalizada para este período en América Latina²

Pero no todas las medidas fueron igual de provechosas en esa primera etapa de la Revolución: un sistema de salarios fijos, impuesto sin ningún tipo de relación a los niveles de productividad, junto a la gratuidad de ciertos servicios, provocó un exceso de circulante, entendiéndose una sobreoferta de recursos monetarios, que se convirtió rápidamente en una escasez de bienes y servicios. La temprana economía revolucionaria de la Cuba de finales de los sesenta no reñía con el ideal de la industrialización sustitutiva de importaciones, entonces adoptado como “estrategia de desarrollo” con mayor o menor intensidad en los países latinoamericanos;³ la diversificación de la agricultura y la consolidación de una industria nacional se convirtieron en los objetivos centrales dentro de la economía. La inicial reducción de la producción azucarera, como estrategia para equilibrar la producción agrícola, y la inversión de recursos en importación de

tecnología con miras a la industrialización, crearon una serie de desequilibrios que llevarían a reconsiderar esos primeros objetivos centrales; se volvió a intensificar la producción azucarera pensando en un proceso de acumulación que dejara las suficientes divisas para, años después, industrializarse: para 1970 se esperó una producción de 10 millones de toneladas de azúcar, meta no cumplida pero reveladora de ese viraje en la política económica del Estado cubano.

Esa recuperación del centralismo de la economía en la producción de azúcar, trajo consigo un desequilibrio sectorial en la misma; los niveles de vida de la población se vieron en parte afectados, pues muchos de los recursos, así como gran parte de los esfuerzos humanos, fueron reabsorbidos por la producción de la caña de azúcar.⁴ Esto fue acompañado por la imposibilidad de lograr estabilidad en la relación de importaciones y exportaciones cubanas, configurándose como única alternativa el auxilio de la URSS por medio de créditos externos. Entre 1971 y 1985 la isla se integraría al mercado mundial socialista como suministrador de materias primas; no obstante el desequilibrio de los sectores de la economía y los déficits fiscales, fue en este período donde se alcanzaron unos de los más notables avances de política social: gratuidad de los servicios, asistencia social y médica, cobertura total en la enseñanza, reformas urbanas y agrarias, entre otros.

2. Ver el trabajo de Arturo Escobar sobre la invención del tercer mundo (2007), especialmente la introducción, dedicada a la categoría *desarrollo*.

3. Un acercamiento macroeconómico a la segunda mitad del siglo XX colombiano, que problematiza específicamente el tema de la industrialización, como contexto posterior a un sistema agroexportador, en una entrada reciente de José Antonio Ocampo y otros autores (Ocampo, 2015).

4. Mientras la población creció en un 8% hasta los primeros dos años de la década de 1970, la producción de electrodomésticos, alimentos, textiles y bienes intermedios disminuyó o se mantuvo igual (De Miranda, 2002).

Por otra parte la relación más directa con el bloque soviético llevó a una cierta reactualización de las relaciones monetario-mercantiles, es decir, una vuelta a ciertos elementos mercantiles dentro de la economía social, relacionados principalmente con la contabilidad de las empresas y las ponderaciones de los gastos y el consumo. Ese proceso de retorno a elementos de mercado, que no fue tan agudo realmente, halló su máxima expresión en la permisión de mercados campesinos libres en 1980 - solventando en parte la precaria diversidad de la producción agrícola -; esta medida estimuló la desigualdad en la población y, rápidamente, dio a lugar a reconsideraciones por parte del Estado. En los primeros años de la década de 1980 se endurecería la presión desde Estados Unidos, a la vez que resultaba más difícil que la Unión Soviética solucionara los desbalances económicos cubanos; la recesión empezaba a sentirse en las naciones socialistas europeas. Desde 1986 estalló la crisis de la deuda externa en la isla. Mientras que para la URSS la segunda mitad de los ochenta significó una reorientación del modelo económico, destinada a fortalecer los elementos de mercado como impulsores de crecimiento económico. Cuba realizó un proceso inverso e intentó revertir todas aquellas tibias medidas que habían incorporado ciertos elementos de la economía capitalista.⁵

5. Este período, 1986-1989, se denominó: "Período de rectificación de errores y tendencias negativas" y se caracterizó, según Mauricio De Miranda por el fortalecimiento del centralismo político (2002).

La crisis del bloque socialista, así como la incapacidad de la economía cubana para hacer sostenible su crecimiento económico, diversificar sus exportaciones y sustituir las importaciones por medio de la industrialización, llevaron, entonces, a la crisis más intensa y larga que ha sufrido la isla. Esta tocó fondo en 1993, donde se presentaron contracciones cercanas al cincuenta por ciento en indicadores macroeconómicos, y solo hasta 1996 pareció amainar, sufriendo una nueva caída desde el 2003 (Mesa Lago, 2005).⁶ Los índices de producción habían caído en todos los sectores: de ocho millones de toneladas de azúcar producidas en 1989 se pasó a cuatro millones en 1993 y a solo dos millones en el 2003. Ese mismo año se cerraron el 46 % de los molinos azucareros; la producción de carne cayó en un 45%, en un 20% la de res y en un 45% la de peces y mariscos; las producciones de cemento, textiles y fertilizantes en 2003 estaban entre un 64% y 91% por debajo del nivel de 1989 (Mesa-Lago, 2005). Esa rectificación de las políticas pro-mercado ha estado acompañada de recortes salariales al sector estatal que, con respecto al incipiente sector privado, marcan un incremento en la desigualdad de la distribución de los ingresos;⁷ el incremento de las remesas también ha estimulado dicho desequilibrio.

Los casi treinta años de cooperación soviética no dejaron ninguna ventaja a Cuba

6. Para ver los indicadores y una completa síntesis de las cifras, véase el trabajo de Omar Pérez (2002).

7. Según Carmelo Mesa-Lago, el coeficiente de Gini subiría de 0,22% en 1986 a 0,407% en 1999 (2005).

o, si se quiere, la isla no fue capaz de convertir su provechosa situación en una ventaja competitiva; la industrialización no se alcanzó y los mayores esfuerzos siguieron llevándose a la producción agrícola de monocultivo. Si se ha hablado de los ochenta como la década perdida para el grueso de Latinoamérica, bien puede hacerse el parangón con la Cuba del “Período de Rectificación”; este fue un abrebocas de la caótica crisis de los noventa, además de representar un retroceso en el proceso de desarrollo (De Miranda, 2002). Desde 1991, con la caída de la URSS, Cuba se vio obligada a reinsertarse en la economía mundial, esta vez sin las “condiciones preferenciales” que se le habían dado antes. Los indicadores se estancaron pues la economía se había paralizado. Las cifras son más que escandalosas: desde 1990 hasta 1993 el PIB se contrajo en un 34.8%; el consumo privado de los hogares disminuyó en un 37.6%; las exportaciones se contrajeron en un 76.8% y las importaciones en un 75.3%.⁸

Los costos sociales de la crisis son, desde luego, altísimos. En gran parte los niveles alcanzados por el servicio de salud cubana dependían del campo socialista; a nivel tecnológico, tanto en medicamentos como instrumentación, era la URSS la que abastecía a Cuba, el final de un mercado socialista mundial ha implicado que, a costos elevadísimos, la isla tenga que acceder a los insumos necesarios para prestar el servicio de salud, pero aun así se mantiene la cober-

tura integral y la gratuidad. El racionamiento de alimentos y energía también ha sido un punto difícil, las exiguas producciones de leche, carne, cereales y frutas impiden que la dieta que el Estado asegura a los cubanos sea completa. La educación también se vio afectada; la matrícula universitaria total disminuyó en un 56% durante la etapa más dura de la crisis, en el área de ciencias agropecuarias decreció en un 56%, en la de ciencias naturales y matemáticas lo hizo en un 38%, en el área de medicina en un 26%. Aun así Cuba presenta el menor número de estudiantes por maestro en instituciones de educación superior, uno de los mejores índices en la región (Mesa-Lago, 2005).

Los efectos de la crisis

Hemos visto, a grandes rasgos, algunos de los procesos fundamentales en la evolución económica de Cuba, desde su temprana orientación nacionalista, su entrada al bloque soviético y su crisis después de la desaparición de la URSS. ¿Qué pasó entonces en otras esferas de la realidad de la isla, tales como la cultural? Podemos hallar, a este respecto, ciertas coincidencias. La Cuba de los años sesenta ofreció un espectáculo de ideas tanto para América Latina como para Europa; muchos intelectuales peregrinaron a Cuba, que se erigía en modelo de alternativa cultural y política (Rojas, 2009), algunos como el filósofo Jean Paul Sartre y el sociólogo Charles Wright Mills. Figuras como Sartre y Mills no estaban interesadas en Cuba por el hecho de sentir simpatías

8. Cálculos de Mauricio De Miranda con base en *La economía cubana* (CEPAL, 2000) y en *El Anuario Estadístico de 1998* (La Habana, Oficina Nacional de Estadística).

frente al modelo comunista, se trataba más bien del rechazo de ambos frente a la hegemonía de Estados Unidos, a lo cual la Revolución Cubana aparecía como un notable progreso. En los años setenta muchos de estos intelectuales se desilusionarían del proceso revolucionario; Fidel Castro apoyó la invasión soviética de Checoslovaquia en 1968 y emprendió una serie de persecuciones frente a intelectuales cubanos críticos con el régimen, esto causó el escozor de los europeos que, como Sartre, en un principio se sintieron muy entusiasmados con el direccionamiento de la Revolución (Rojas, 2009).

El período de 1971 a 1992, el de la consolidación del viraje a la Unión Soviética, estuvo enmarcado en una defensa rígida del marxismo-leninismo como modelo ideológico; la política cultural parecía ser un reflejo de las medidas económicas: el bloque soviético auxiliaba los desbalances de la isla, más precisamente brindaba los modelos de la política cultural. La idea del hombre nuevo de Ernesto Guevara, fundada sobre un humanismo occidental descolonizador, habría sido abortada en Cuba; dándole paso a la incorporación de los moldes soviéticos: el acartonamiento de las relaciones políticas y la rigidez ideológica (léase: excesiva burocratización y persecución política paranoica, respectivamente).⁹ En los años

ochenta podría hablarse de un hermetismo cultural cubano; los autores centrales del posestructuralismo como Foucault, Habermas, Deleuze, Guattari, Derrida, entre otros, no tenían cabida en la opinión pública cubana, así mismo los debates recientes del neomarxismo (Alain Baudiou, Slavoj Zizek, Ernesto Laclau) han pasado casi inadvertidos en la isla.

Desde 1991, ya en un momento postsoviético, las tendencias variarían un poco: el “canon doctrinal” se haría menos dogmático y “más permeable” (Rojas, 2009). Las resistencias que Cuba ejerció con respecto a la incorporación o no de elementos mercantiles a su economía socialista también tuvieron cierta incidencia en las políticas culturales; la *perestroika* y la *glasnost*, reformas económicas agenciadas por la URSS, fueron rechazadas por el régimen cubano como una apología a la democracia burguesa, sin renunciar a una definición del sistema como marxista-leninista se le ha ido dando más espacio a la figura de Martí que a la de los líderes soviéticos, y se ha ido configurando la herencia de la URSS como un legado incómodo.

Esto último es importante subrayarlo si se piensa en la soviétización profunda que experimentaron todas las ciencias sociales y humanas en Cuba (Rojas, 2009); desde comienzos de los años setentas; algo que desde la misma isla ya se considera como un estancamiento y una muestra de colonización ideológica. Desde mediados de los ochenta, impulsados por las implicaciones de la *perestroika*, las discusiones del posmodernismo y las nuevas alianzas ideológicas y políticas con países de Amé-

9. Es muy interesante el paralelo que este autor hace entre Fidel Castro y Ernesto Guevara como lectores; mientras que el último leía para “avanzar teóricamente”, Castro siempre habría buscado una legitimación estática e inmóvil de su posición política (Rojas, 2009).

rica Latina, algunos intelectuales cubanos ejercieron una reacción contra el marxismo-leninismo de tradicional radicalidad soviética (Rojas, 2009); proceso que estaría acompañado de un renacer de la subjetividad literaria en gran parte de los narradores cubanos.

Algo que también llama la atención es cómo, en tiempos de crisis, han aumentado los indicadores de personas que escogen las ciencias sociales como profesión; según Mesa Lago desde el inicio de la crisis hasta el 2003 el ingreso de estudiantes a ciencias sociales y humanidades ha aumentado en un 565%, y en un 365% lo ha hecho el de estudiantes al sector de la educación, es decir, como maestros (Mesa-Lago, 2005). Pero dentro de estas mismas disciplinas se nota un margen de renovación en la medida que se usan unas nuevas categorías; en los textos académicos, declaraciones oficiales e informes de expertos del gobierno, abundan nociones como “redimensionamiento”, “reestructuración”, “política industrial”, “especialización flexible”, “reconversión industrial”, “posicionamiento sectorial”, entre otras (Monreal, 2002).

La crisis de los años noventa en Cuba ha movido fuertemente las estructuras sociales y económicas del régimen; las medidas que se han tomado han alterado seriamente las lógicas de la Revolución en el período soviético, así se ha autorizado el trabajo por cuenta propia, se le ha dado margen al tránsito de remesa de divisas, se le ha brindado espacio a una cierta inversión extranjera, se ha dado permiso a mercados agropecuarios e industriales con precios libres, se ha eliminado cada vez más el

monopolio estatal en el comercio exterior, se han renovado los sistemas fiscales e inclusive se han creado zonas francas y parques industriales.¹⁰ La reforma constitucional de 1992 y el Decreto Ley de Organización de la Administración del Estado redujeron de 50 a 32 el número de organismos estatales centrales; en 1997 se avanzaría en la transformación del sector financiero y bancario con la creación del nuevo Banco Central de Cuba. El régimen político ha sobrevivido a la crisis, pero no puede decirse que haya salido airoso, por supuesto que no; lo ha hecho a costo de transformaciones de su estructura socioeconómica, procesos de cambio que moldean un tipo diferente de sociedad y que, en determinado momento, pueden llevar a alteraciones dentro de la organización política.¹¹

A su vez esta renovación ha tenido impacto y se ha visto influida en una relación multidireccional con la evolución cultural de la isla; por ejemplo, según Rafael Rojas (2009), los narradores cubanos de los años noventa han borrado los referentes soviéticos de sus obras en una suerte de ocultamiento simbólico, o se han reinterpretado sucesos como la caída del muro de Berlín con el objetivo de resignificar el lega-

10. Todo lo anterior bien podría resumirse a “la necesidad de reconocer las posibilidades del mercado como factor de dinamización de economías centralizadas en procesos de estancamiento o recesión” (De Miranda, 2002).

11. La reversión que implicó el Proceso de Rectificación de Errores y Tendencias Negativas en 1986 no trajo los resultados esperados: “La sociedad había incorporado toda una serie de deformaciones, sobrevaloración del dinero, facilismo, nepotismo, desviación de recursos con fines individuales, etc.” (Trabaue, 2002).

do de la URSS, y la introducción del turismo con todos sus componentes de dólares, ilegalidad y prostitución han brindado nuevas temáticas a la literatura. Pero el asunto no se reduce a que los escritores cubanos encuentren nuevos temas, el meollo del asunto se encuentra en un cambio de perspectiva frente a lo que había sido el lugar del escritor cubano hasta antes de la crisis: “La subjetividad postsoviética en la isla o la diáspora es una experiencia de relocalización del escritor en Occidente y un modo de dejar atrás, a la vez, el comunismo y el nacionalismo como referentes ideológicos de las poéticas literarias” (Rojas, 2009).

Detrás de un buró: Efectos entre paréntesis

Este aparente proceso de renovación no debe ser sobredimensionado, no se puede obviar el hecho de la persecución política que todavía se hace a los intelectuales disidentes dentro de Cuba, ni soslayarse el fenómeno del exilio de varias figuras pertenecientes al campo político e intelectual de la isla. Los artefactos culturales - si se perdona el neologismo -, que circulan en la esfera pública cubana no escapan a la lógica del Estado como centro de la vida del país y productor hegemónico de bienes y servicios; lógica que, como hemos visto, ha tenido ciertas claudicaciones pero que, de modo alguno, ha sido totalmente superada. El artista o escritor que manifieste su desacuerdo con el régimen, abiertamente o de

modo más sutil, es calificado públicamente como antinacionalista y legitimador del adversario por parte del gobierno, o en casos menos dramáticos el autor es sencillamente ignorado, pues la producción editorial de la isla es una actividad estatal sometida a los controles tradicionales del rigor político. La larga historia y extensa lista de los opositores al régimen político cubano es interesante y presenta una variada gama de matices; desde los casos más interesantes y equilibrados de crítica académica y racional, hasta los más escandalosos ejemplos de la oposición funambulesca, inmadura, sosa y arbitraria.¹²

Un caso reciente de lo primero es el de Yoani Sánchez; una filóloga cubana nacida en 1975, quien desde 2007 ha publicado en internet una serie de textos sobre su vida cotidiana en la isla sosteniendo una visión crítica del sistema político;¹³ los textos de Sánchez, de indiscutible factura y elegancia de estilo, muestran a veces con aparente inocencia las contradicciones de una Cuba que, poco a poco, desmonta elementos de su proyecto socialista y deja colar realidades del mundo capitalista. Esta mujer, reconocida por el periodismo internacional y perseguida de discretas maneras por las autoridades de su país, ha descrito las hazañas que requiere la adquisición de ciertos productos;

12. El ejemplo perfecto de un ejercicio de crítica paranoico, violento y falto de seriedad creemos que es el de la escritora Zoé Valdés; una escritora erotómana dada al ejercicio de vilipendiar e insultar la figura de Castro sin el más mínimo respaldo académico o histórico. El resultado es un libro inútil y una postura infantil: ver (Valdés, 2008).

13. Buena parte de sus textos, publicados originalmente en el blog *Generación Y*, han sido reeditados recientemente: (Sánchez, 2010).

la dualidad del sistema monetario; la desigualdad que impone el sistema de remesas; el poco margen de participación política real del ciudadano cubano y, de modo general, los avances de la cultura cubana en la adopción de referentes culturales ajenos a la legitimidad del régimen. Recordando una feria del libro en la que lamenta la ausencia de escritores cubanos reconocidos ampliamente en América Latina (Como Guillermo Cabrera Infante, Reinaldo Arenas, Julieta Campos, entre otros), Sánchez escribe: “Alguien ha mutilado lo que debí haber leído. Desde detrás de un buró me han vedado las páginas que me pertenecen por el mero hecho de haber nacido aquí. Libros y más libros que no he visto y que pesan - con su ausencia - sobre mí” (Sánchez, 2010).

La transmisión del poder presidencial a Raúl Castro ha marcado, de alguna manera, ciertos índices de apertura en cuestiones como la de relaciones con el mercado exterior y la telefonía celular o las telecomunicaciones en términos generales. La supervivencia del régimen político podría explicarse, aunque ese no es un tema del que podamos ocuparnos en esta pequeña reflexión, por el sostenimiento de las políticas sociales, no obstante todos los recortes y reducciones que han debido sufrir. Hay quienes sostienen que fue el “excesivo énfasis” en los objetivos sociales “en desmedro de los económicos” lo que alteró el equilibrio de la economía cubana y causó efectos perjudiciales (Mesa-Lago, 2005). Parece perderse de vista en esta posición que han sido precisamente esas garantías de bienestar social las que han permitido el sostenimiento de la legitimidad política del

régimen; nada más equivocado que querer observar a un pueblo cubano hipnotizado y embotado por los artificios de una propuesta engañosa, ni pretender ver a un tirano habilísimo que encanta y persuade de modo maquiavélico a la población. En estos tiempos de avanzada del neoliberalismo, donde los llamados “consensos” pretenden borrar toda traza de conflicto en las prácticas políticas, despojándolas así de su natural connotación problemática y compleja (Mouffe, 2009), es necesario recordar esta discusión, tener en cuenta que quienes tengan el papel de representantes políticos no son negociadores en el sentido más simple y vulgar de la palabra, que la legitimidad política no puede venir únicamente de la coacción y que la democracia liberal no es la luz afortunada, sacra y verdadera, que todas las sociedades deben seguir.

Hemos señalado cómo las medidas tomadas dentro de la economía nacional de la isla y unos determinados lineamientos para orientar la administración pública, constituyeron verdaderas transformaciones en la realidad social cubana que, a su vez, estuvieron profundamente relacionadas con los movimientos culturales dentro del país en estas dos últimas décadas, sin que necesariamente lo uno determine a lo otro de un modo vertical. Creemos que la ampliación de esta perspectiva brindará los elementos para explicarse de modo más elaborado el conjunto de América Latina en la última década del siglo XX y la primera del XXI, no sólo en lo referente a las tendencias económicas, sino también a lo relacionado con los procesos políticos y culturales; pues las famosas aperturas democráticas en

varios países latinoamericanos,¹⁴ así como la aparente recesión y desgaste en las producciones artísticas y conceptuales de los mismos, pueden revisitarse desde las singularidades que hemos subrayado dentro del caso particular de Cuba.

En el período inicial de la crisis, a comienzos de los años noventa, Cuba parecía haber regresado desde su realidad económica a la primera mitad del siglo XX; la actividad fundamental seguía siendo la producción de caña de azúcar, las manufacturas se importaban y los insignificantes niveles de industrialización ocasionaban desbalances en su balanza comercial, la desaparición de su principal apoyo económico con la disolución de la URSS no le dejó alternativas y tuvo que ingresar paulatinamente a la economía mundial con unos elevados costos. El ideal de una Cuba socialista, vanguardia industrial y modelo de un nuevo tipo de modernidad se vino abajo; así como el legado soviético en la economía se desvaneció casi sin dejar rastro, lo hizo también en aquellos espacios de la cultura donde había sido incorporado con más fuerza. El realismo socialista típico de la literatura soviética tuvo sus representantes en la isla hasta que un nuevo tipo de subjetividad dio lugar a nuevos planteamientos.

De este proceso han emergido nuevas apropiaciones del espacio público o, al menos, nuevos elementos para plantearse una visión del mundo inclusive dentro del propio régimen, como sería el caso de Yoani Sánchez; otras maneras de escribir

y de leer, que reclaman nuevos espacios de afirmación. Si la pertenencia al bloque soviético no congeló completamente la economía cubana ni significó como en otras latitudes una caída del régimen político, sí trajo al menos unos retos inmensos de cara a la globalización de los mercados. El legado soviético, cifrado en una especie de colonialismo ideológico en el campo cultural del país isleño, no inhabilitó completamente las expectativas de los cubanos; desde hace casi veinte años emergen nuevas maneras de vivir y sentir La Habana que, aunque no se correspondan con una apertura del sistema político, constituyen notables movimientos en la cultura cubana. A medio camino entre los costos de la crisis y los deseos de recuperación, y en la difícil configuración de las divergencias políticas, la actualidad cubana se nos presenta como un caso interesante y complejo para repensar las interrelaciones de las distintas dimensiones de la realidad social. En el largo camino de la reflexión sobre las dimensiones culturales de la historia política latinoamericana, este texto que presentamos viene a mostrarse apenas como una sugerencia, el primer paso hacia un horizonte de estudios sistemáticos, amplios y necesarios.

14. Para un examen profundo y equilibrado véase el trabajo de Waldo Ansaldi (2006).

Referencias

- Ansaldi, Waldo. (2006). La novia es excelente, sólo un poco ciega, algo sorda, y al hablar tartamudea. Logros, falencias y límites de las democracias de los países del Mercosur, 1985-2005. En Ansaldi, Waldo (Dir.), *La Democracia en América Latina, un barco a la deriva* (pp. 529-572). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- De Miranda, Mauricio. (2002). Estado y política económica para el desarrollo de la economía cubana en las condiciones de la globalización. En De Miranda, Mauricio (Ed.), *Cuba: Reestructuración económica y globalización* (pp. 17-64). Cali: Pontificia Universidad Javeriana.
- Escobar, Arturo. (2007). *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Caracas. El perro y la rana.
- Marichal, Carlos. (2008). Los ciclos de la deuda externa en América Latina en el siglo XX: Una historia recurrente. En Palacios, Marco (Dir.), *Historia General de América Latina. Volumen VIII: América Latina desde 1930* (pp. 188-212). París: Ediciones Unesco-Editorial Trotta.
- Mesa-Lago, Carmelo. (2005). Problemas sociales y económicos en Cuba durante la crisis y la recuperación. *Revista de la CEPAL*, 86, Agosto, 183-205.
- Monreal, Pedro. (2002). Aprendiendo a innovar en un contexto de redes productivas globales. Notas para la política industrial en Cuba. En De Miranda, Mauricio (Comp.), *Alternativas de política económica y social en América Latina y el Caribe. Cuatro casos de estudio: Colombia, Costa Rica, Cuba y México* (pp. 214-248). Cali: Pontificia Universidad Javeriana.
- Mouffe, Chantal. (2009). El fin de la política y el desafío del populismo de derecha. En PANIZZA, Francisco (Comp.), *El populismo como espejo de la democracia* (pp. 71-96). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ocampo, José Antonio (2015). *Historia Económica de Colombia*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica - Fedesarrollo.
- Pérez, Omar Everleny. (2002). Cuba: Una visión general de su economía en los años noventa”. En De Miranda, Mauricio (Ed.), *Cuba: Reestructuración económica y globalización* (pp. 65-116). Cali: Pontificia Universidad Javeriana.
- Rojas, Rafael. (2009). *El estante vacío. Literatura y política en Cuba*. Barcelona. Editorial Anagrama.
- Sánchez, Yoani. (2010). *Cuba libre. Vivir y escribir en La Habana*. Bogotá. Random House Mondadori.
- Trabaue, Carlos. (2002). Alternativas de política social en Cuba frente a la crisis actual: Salud y Educación”. En De Miranda, Mauricio (Comp.), *Alternativas de política económica y social en América Latina y el Caribe. Cuatro casos de estudio: Colombia, Costa Rica, Cuba y México* (pp. 344-372). Cali: Pontificia Universidad Javeriana.
- Valdés, Zoé. (2008) *La ficción Fidel, Ensayo Novelado*. Barcelona. Editorial Planeta.

AINKAA 